



## EL GORRIÓN CIEGO

I

Era el alborar de la fría mañana de un domingo del mes de Marzo.

Allá, muy cerca de la cumbre del Gorbea, la elevada montaña desde donde el observador aprecia el vivo contraste que ofrecen las fértiles y pintorescas provincias vascongadas con a tradicional aridez de la vieja tierra castellana, se alza un ruinoso caserío envuelto en la nieve, que cubre también las árgomas de los jaros y las verduzcas plantaciones de los sembrados.

Densas nubes ocultan el fondo del valle y aumentan la vibración del eco de las campanas que anuncian la primera misa de la mañana.

Desde la cima de la montaña se ve salir de sus caseríos á los aldeanos de la comarca que, en animados grupos, acuden al templo con sus pipas de barro entre los labios y sus inseparables paraguas bajo el brazo.

La mañana es triste y silenciosa; todo lo que no cubre la nieve tiene ese melancólico tono gris tan característico del pueblo vasco.

II

Santi y Josechu, los dos pequeños del caserío, aparecen en la puerta y se dirigen hacia la tejavana del pajar, donde, la noche anterior, habían colocado un pequeño cepo de alambre.

Santi, el mayor, es un muchachote alto y fornido que, á pesar de sus once años, maneja la laya y gobierna el ganado como un experto aldeano.

Josechu es una encantadora criatura de cuatro años, rubio, con hermosos ojos azules y tez sonrosada.

El primero lanzó un grito de contento apenas llegó a la tejavana.

—¡Josechu!, ¡Josechu!, ¡un gorrion!—dijo á su hermano, que se había quedado atrás porque se hundían en la nieve sus abarcas, y saltando de alegría fué á enseñarle un hermoso pájaro de cabeza parda, pecho negro y cuello castaño, que picoteaba de un modo desesperado, haciendo inauditos esfuerzos por escapar de la mano que oprimía sus alas grises con manchas negras y rojizas.

—Tenlo mientras busco la jaula y traigo un alfiler—agregó Santi;—¡cuidado con que se te escape!, ya verás, ya verás, qué pronto le dejamos ciego, y, después, qué bien canta.

El chiquitín lo cogió temeroso é impresionado, porque no le parecía bien aquella idea de dejar ciego al pobre pájaro.

III

Santi no se hizo esperar; volvió en seguida con un grueso alfiler en una mano y una jaula mugrienta y desvencijada en la otra. Dejó aquélla en el suelo y cogió el gorrion.

Lo demás fué cosa de un momento.

Bastó que introdujera la punta del alfiler por los ojitos del pájaro para que éste quedara ciego y la maldita hazaña consumada



El pequeñín contempló la escena con ojos espantados; una lágrima surcó por sus mejillas, en tanto que la brisa de la mañana agitaba sus rubios cabellos y los pálidos rayos del sol envolvían su cabecita de ángel en un nimbo de luz con destellos de oro...

El gorrion, con las pupilas apagadas é inyectadas de sangre, piaba de un modo desgarrador.

De pronto hizo un esfuerzo, abrió el pico y lo lanzó sobre la mano de Santi, de uno de cuyos dedos brotó la sangre...

## IV

El gorrion ciego no canta.

Sólo se escucha su piar triste y quejumbroso, al que parece responder desde las estribaciones de la montaña el eco de otros pajaritos que quizás estén solos en su nido, hambrientos y ateridos de frío, llamando á su madre.

Santi y Josechu le contemplan, sentados en el suelo, con la faula delante.

—No canta—dice el primero con cierto tono de decepción y de coraje.

—No canta, no—contesta compungido el segundo.

El animalito encrespa las plumas, agita sin cesar las alas y, loco de dolor, se precipita sobre los alambres de la jaula cual si fuera á estrellarse.

Después, fatigoso y con el pico abierto, restrega sus ojos con las patitas, que quedan cubiertas de sangre.

## V

Pasaron los días.

Santi, ocupado en preparar la siembra de la borona, no se acordaba ya del gorrion, que hubiera muerto de hambre y de sed á no ser por Josechu, que diariamente se cuidaba de ponerle agua y darle de comer, introduciéndole migas de pan en el pico.

## VI

Santi estaba desesperado.

La picadura del gorrion se le había enconado hasta tal extremo, que tenía la mano izquierda completamente hinchada, y tan fuertes dolores, que llegó un día en que le fué imposible acudir al trabajo.

Su madre, la buena Satur, una excelente aldeana, limpia y cuidadosa, que contribuía al sostén de la casa vendiendo leche, huevos y hortalizas en los pueblos del llano, le aplicó unturas y cataplasmas, sin conseguir que bajara la inflamación ni cesaran los dolores; que cada vez eran más agudos é insoportables.

## VII

Una tarde, y por consejo del médico (que al fin se decidieron á llamar), fué Santi al hospital más próximo, donde ingresó en la sala de cirugía.

La falta de asistencia facultativa y los remedios caseros le habían infectado de tal modo la mano, que era preciso operarle á toda prisa para contener la gangrena, que ya comenzaba á invadir el brazo.

El médico de la sala declaró que para salvarle la vida no había otro remedio que amputar la mano, y al día siguiente, después de cloroformizado y de una delicada operación practicada por el jefe de la clínica, un hábil y bondadoso cirujano, Santi quedó manco.

## VIII

El gorrion murió aquel mismo día, mientras Josechu hacía inauditos esfuerzos para que el pobre pájaro tragara una miga de pan mojada en agua.

## IX

Desde entonces, y cuando alguien le pregunta á Santi por la causa de la pérdida de la mano, las lágrimas empañan sus ojos y exclama mirando al cielo:

—¡Dios, que protege á los buenos, castiga también á los malos!

A. DE ALCARAZ

## PRESTIDIGITACION

### LOS HUEVOS ENCANTADOS

Un antiguo prestidigitador explicaba á sus discípulos el secreto para hacer que un huevo, cogido entre varios indistintamente *al parecer*, pueda hacer equilibrios maravillosos y mantenerse de punta sin que haya modo de que esté en otra posición; pero antes de entrar en materia, les enseñaba á conocer los huevos frescos ó viejos por medio... del baile.

En efecto, si tomamos un nuevo recién puesto, otro de quince días y otro cocido, y los hacemos bailar sobre una mesa dando vueltas sobre la parte plana, el huevo cocido bailará como un peón, el de quince días dará vueltas más lentamente y sólo por unos cinco segundos, y el fresco á duras penas dará tres ó cuatro vueltas.

Esta distinta condición bailable de los huevos se explica perfectamente. El huevo cocido está cuajado y su masa sólida sigue al cascarón á que hemos dado impulso para que gire; el huevo de quince días no está solidificado, pero los líquidos del interior están bastante espesos y siguen con facilidad el movimiento de la envoltura; mas el huevo fresco no sigue este movimiento y la cáscara no arrastra en su giro la masa.

Después de esta lección de *ovologia*, pasaba á la de prestidigitación.

Se toma un huevo crudo, se le hacen dos agujeritos en sus extremos con un alfiler ó con una aguja, y por ellos se vacía completamente. Se deja á secar veinticuatro horas, y se toma arena fina que se tamiza por un papel agujereado con un alfiler. Una vez que ha pasado por este improvisado cedazo, la arena

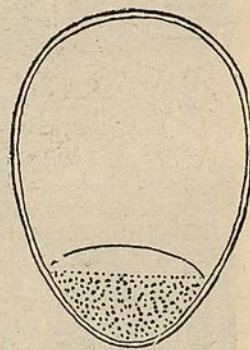


FIG. 1.<sup>a</sup>

estará lo suficientemente fina para pasar por uno de los agujeritos del cascarón. Tápese uno con cera blanca y por el otro échese una cantidad de arena que ocupe una quinta parte (fig. 1.<sup>a</sup>). Después se tapa el agujero que queda con cera blanca, que no se conoce.

El huevo así preparado puede colocarse en equilibrio sobre cualquier objeto, tal como sobre el borde de un vaso le representa la figura 2.<sup>a</sup>. El cascarón no pesa nada, y la arena le sirve de contrapeso para sostenerse.

Tomemos otro huevo y después de vaciado por el mismo procedimiento, se llena, en vez de arena, de plomo en polvo fino en la cantidad de una cucharadita de café, y lacre también finamente pulverizado. Tapemos con un corcho uno de los agujeros, y volviendo el huevo, con el tapón en su parte inferior, meteremos en agua caliente solamente la parte que ocupan los polvos.

El lacre entonces se disuelve, y el plomo queda formando con él una pasta adherida á la cáscara (fig. 3.<sup>a</sup>). A los dos mi-

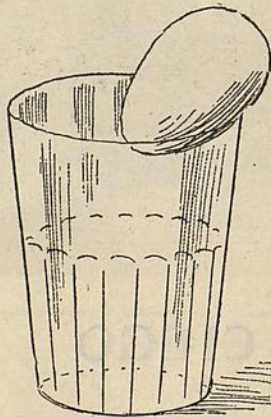


FIG. 2.<sup>a</sup>

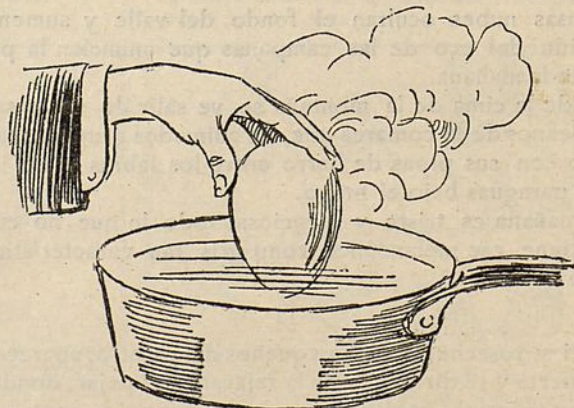
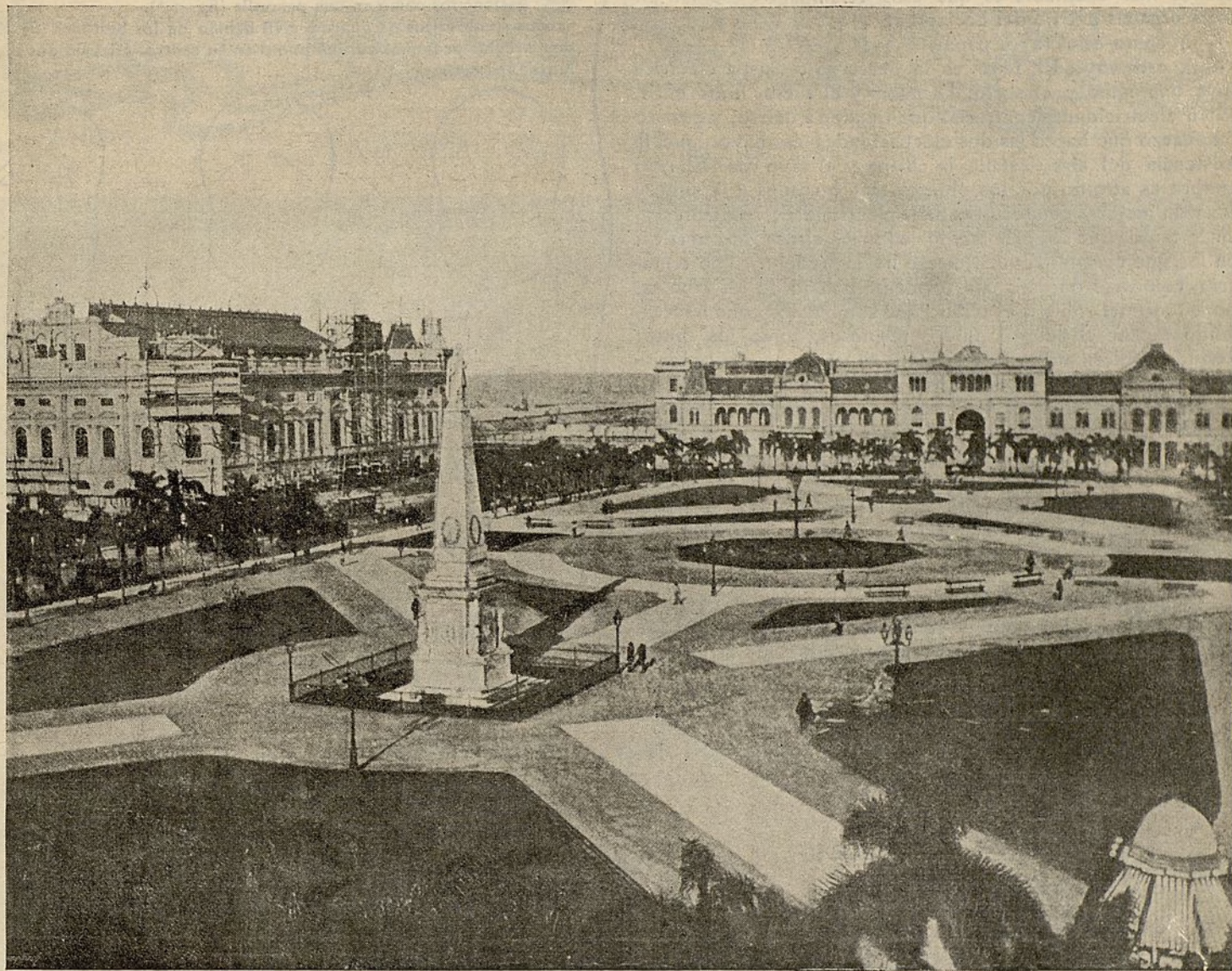


FIG. 3.<sup>a</sup>



**BUENOS AIRES. PLAZA DE LA VICTORIA** En esta anchurosa plaza están situadas las oficinas del Gobierno, la Aduana, la Catedral, el palacio arzobispal, el Parlamento, la Bolsa y el teatro de Colón. La Catedral puede contener en su interior 9.000 personas, y su cúpula se eleva a una altura de 69 metros. El edificio del Gobierno está construido en el sitio donde Juan de Garay edificó su fuerte en 1580.

nutos de introducido en el agua hirviendo está hecha la fusión, y entonces colocamos el huevo en una huevera para dejarle enfriar, sin que pierda la posición vertical.

Quítase luego con una aguja el taponcito de corcho, y ambos agujeros se tapan con cera blanca. Este huevo se mantendrá sobre la punta, y cuantas veces se intente colocarle en otra posición, se levantará como un *dominguillo* ó *tentetieso*.

Dicho se está que al hacer este juego se colocan los huevos preparados entre otros para simular que cogemos uno al azar y con cualquiera hacemos estas habilidades.



## La ciencia al alcance de los niños

### ELECTRICIDAD

Papá, papá; mira un rayo.

—¿Cómo un rayo, hijo mío?

—Ven á verlo; lo tiene en la mano un pastor que está en el portal.

—¡Ave María Purísima! ¿Cómo ha de tener un rayo en la mano?

—Sí, papá; es una piedra muy negra que dice que es un rayo.

—¡Ah! vamos; es uno de tantos disparates como cree el vulgo. El rayo no es una piedra.

—¿No? ¿Pues qué es?

—Déjame acabar lo que estoy escribiendo, y vuelve con tus hermanos dentro de un ratito, que yo os lo explicaré.

Jacinto y sus hermanos vienen al poco rato, y su padre, haciéndoles sentar en su despacho, les habla de este modo:

—Las nubes en general están cargadas de electricidad, y cuando en una tormenta veis el relámpago y oís el trueno, es sencillamente una chispa eléctrica que estalla de la nube, como la chispa que salta de mi máquina eléctrica que visteis el otro día.

—¿Sólo que será más grande?

—Naturalmente: la luz de los relámpagos es blanca en las regiones bajas de la atmósfera; pero en las elevadas toma un color más violáceo, ó azulado, para que me comprendáis mejor. El relámpago y el trueno se producen á un tiempo.

—¿Por qué suena después el trueno?

—Porque la vista es más veloz que el oído; ó en términos más propios, la luz es más ligera que el sonido para llegar á nosotros. El sonido recorre en un segundo 337 metros.

—¿Qué atrocidad! ¿Y la luz recorre todavía más?

—Tanto, que es inapreciable lo que tarda desde la nube al ojo del observador.

—¿Es verdad, papá, que se sabe por lo que tarda el trueno lo lejos que está la nube?

—Naturalmente, hijo mío; sabiendo que el sonido recorre 337 metros por segundo, si desde el relámpago, que se ve en el instante, se tarda en oír el trueno cinco ó seis segundos, es que dista cinco ó seis veces 337 metros.

—¿Y cómo hay relámpagos algunas noches que no van seguidos del trueno?

—Esos son los llamados de *cator*, que brillan en el verano, no solamente sin que se escuche trueno, sino sin haber ninguna nube.



—¿Y cómo es eso?  
—Hay muchísimas opiniones de los sabios para explicarlo; pero la más aceptable es que esos relámpagos estallan en nubes situadas debajo del horizonte.

—¿Y cómo es el rayo, papá?  
—A eso voy. El rayo es la descarga ó chispa eléctrica entre una nube y el suelo. La nube y el suelo, hijos míos, tienen electricidades contrarias que tienden á unirse, y cuando el esfuerzo que hacen las dos electricidades es mayor que la resistencia del aire, estalla la chispa y el rayo cae. El rayo siempre es atraído por los objetos más cercanos á la nube y que sean mejores conductores de la electricidad; y se observa, por lo tanto, que los árboles, los edificios altos y los metales, son los que más destruye. Por eso no es prudente, sino temerario, colocarse durante una tormenta debajo de los árboles, sobre todo del roble y el olmo, que son buenos conductores, siendo menor el peligro en los resinosos, como los pinos, porque conducen mal la electricidad. Muchos son y muy variados los efectos del rayo, hijos míos. Mata á los animales y hasta al hombre, inflama las materias combustibles, destroza los cuerpos poco conductores y funde los metales. Cuando penetra en la tierra, forma en la misma dirección que la descarga eléctrica unos conductos ó tubos llamados fulguritas, fundiendo las substancias silíceas que encuentra á su paso. Otro especial efecto tiene el rayo cuando cae sobre los metales, y es que quedan imantados, cambiando también los polos de la brújula.

—Papá, ¿es verdad que huele á azufre por donde pasa?  
—Sí, hijo mío; á ese olor se compara el especial que difunde por su tránsito, aunque también puede decirse que es un olor fosfórico.

(Continuará.)

## DIBUJAR ES COSA FACIL

Dentro del contorno de una cucurbitácea (fig. 1.<sup>a</sup>), colóquense dos bastoncitos como en una panoplia (fig. 2.<sup>a</sup>).

Dos sombreritos de guardia civil debajo de los bastones (fig. 3.<sup>a</sup>), dos círculos pequeños con un punto en su centro y debajo dos medias lunas (fig. 4.<sup>a</sup>).

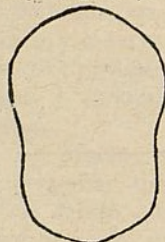


Fig. 1.<sup>a</sup>



Fig. 2.<sup>a</sup>



Fig. 3.<sup>a</sup>



Fig. 4.<sup>a</sup>



Fig. 5.<sup>a</sup>



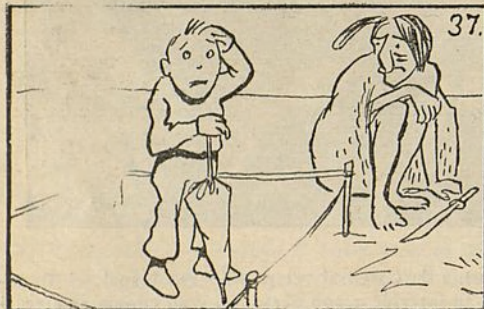
Fig. 6.<sup>a</sup>

Dos puntos forman la nariz; una raya horizontal, la boca; y otra raya con algunos puntos, el pelo (fig. 5.<sup>a</sup>).

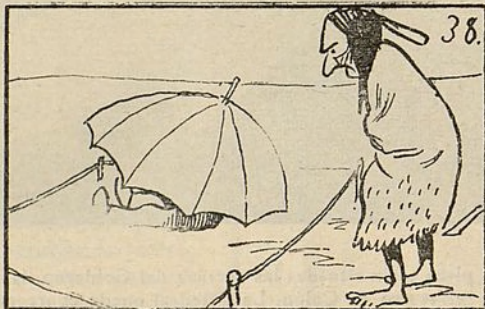
Con muy poquito más tendremos al egregio Fernando Díaz de Mendoza (fig. 6.<sup>a</sup>).

MELITÓN GONZALEZ

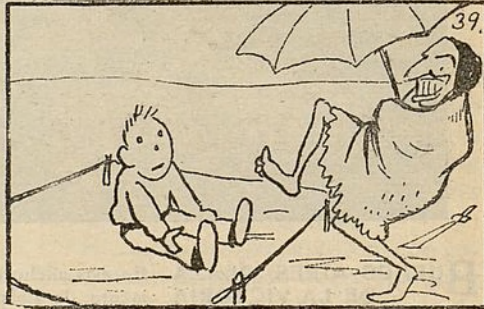
## EL PARAGUAS MARAVILLOSO (Continuación.)



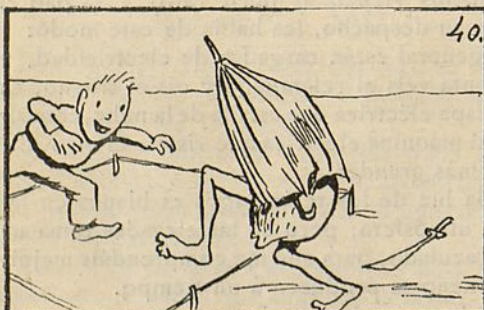
Felipín, con la mayor angustia, pedía al cielo ayuda en tan rudo trance.



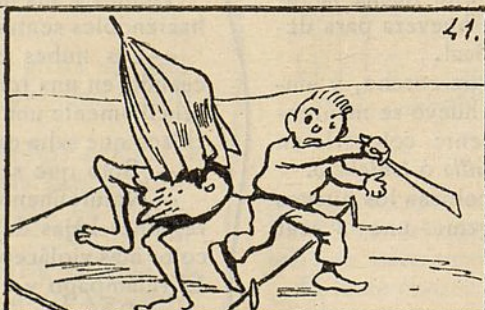
Aquel feroz testigo de vista le molestaba tanto, que abrió el paraguas y se tapó con él.



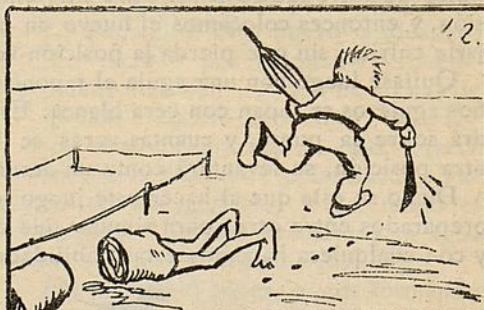
El salvaje se enamoró de aquel aparato que en su vida había visto, y quitándoselo al niño, puso á bailar de gozo.



Oprimió, sin pensar, el botón del cierre automático y quedó enfundado en el paraguas de Felipín.



Este, ni corto ni perezoso, se apodera en seguida de la cimitarra del indio y...



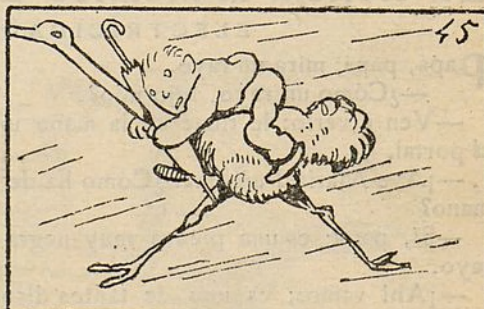
¡Zas!, le parte por la mitad, y recogiendo su paraguas emprende veloz carrera.



Al cabo de un rato de marcha encontró un matorral donde guarecerse, y desde allí vio venir un avestruz.



Se fué acercando con cautela al animal esperando un momento propicio.



Dió un salto, montó en el avestruz y partió á escape.

(Continuará.)